

salen toda virtud, toda belleza, toda gloria humana. ¡Pobre Pecus!

Así habló el señor Bergeret; una piedra lanzada con fuerza, rompiendo un cristal cayó en el suelo.

—Es un argumento—dijo el rector—recogiendo la piedra.

—Es romboidal—dijo el señor Bergeret.

—Esta piedra no tiene ninguna inscripción—dijo el rector.

—Es lástima—añadió el señor Bergeret—. El comendador Aspertini ha encontrado en Módena balas de fronda que fueron lanzadas el año 43 antes de nuestra era, por los soldados de Hirtius y de Pansa á los partidarios de Octavio. Aquellas balas llevaban inscripciones indicando á quienes iban dirigidas. El señor Aspertini me enseñó una que estaba destinada á Libia. Le dejó á usted adivinar en qué términos estaba concebido el envío, conforme con el humor de los soldados.

Su voz fué dominada por los gritos de «¡Abajo Bergeret!» «¡Mueran los judíos!», que subían de la plaza.

El señor Bergeret, cogiendo la piedra de entre las manos del rector, la colocó sobre la mesa á manera de pisapapeles. Luego, cuando pudo hacerse oír, prosiguió su discurso:

—Crueldades horribles se cometieron después de la derrota de los dos cónsules antonianos en Módena. No se puede negar que desde entonces las costumbres se han dulcificado mucho.

Entre tanto, la multitud rugía y *Riquet* replicaba con sus alaridos heroicos.

## XIII

El joven Bonmont, hallándose en París con licencia por convaleciente, visitaba la Exposición de Automóviles establecida en un rincón del jardín de las Tullerías, á lo largo de la terraza de los Feuillants. Recorriendo una de las galerías laterales—reservada á las piezas sueltas y accesorios—examinaba el carburador Plutón, el motor Abeille y el engrasador Alfonso, con ojos placenteros y con fatigada curiosidad.

Correspondía, inclinando la cabeza ó agitando la mano, á los saludos amables de jóvenes tímidos y de ancianos obsequiosos. Nada soberbio, nada triunfal, sencillo y hasta un poco vulgar, provisto soamente de aquella expresión de malicia constante y satisfecha, que tan socorrida le resultaba en el comercio de los hombres, era corto de talle, rechoncho, robusto aún, pero atacado ya por la dolencia que le arqueaba un poco la espalda. Habiendo bajado los peldaños de la terraza y observando las marcas distintivas de los diversos aceites de pata de buey, propios para engrasar mecanismos «patentizados», encontró en su camino una estatua de jardín, que estaba cubierta por el *velum*, en el recinto de tela encerrada; una obra clásica, de estilo francés: el bron-

ce de un héroe, luciendo con su académica desnudez la ciencia del estatuario y golpeando con su maza á un monstruo en hermosa actitud.

Engañado sin duda por el falso aspecto de *sport* que presentaba aquel asunto, y no suponiendo que la estatua se hallaba ya en el jardín antes de la Exposición, trató instintivamente de apropiarla al *tourismo* automovilista. Pensó que el monstruo, la serpiente, semejante á un tubo, era quizá un neumático. Pero lo pensó de una manera incierta y confusa. Separando de la estatua su mirada hastiada, penetró en la sala donde los coches, puestos en una plataforma, mostraban complacientes las pesadeces y torpezas de sus formas rudimentarias, mal equilibradas, y aun parecían adquirir ante los visitantes una impresión fastidiosa de suficiencia y de satisfacción.

El joven Bonmont no se divertía allí, no se divertía en ninguna parte. Pero al menos respiraba sin disgusto el olor del caucho, de aceites y de grasas calientes que perfumaban el aire, mirando impacientemente los coches, los cochecitos y los cochecillos. A pesar de todo, le preocupaba una sola idea. Pensaba en las cacerías de Brecé. El deseo de obtener el botón llenaba su alma. Había heredado de su padre una voluntad sostenida.

El ardor con que deseaba el botón de Brecé se confundía en sus venas con las primeras fiebres de la tisis, y le abrasaba. Deseaba el botón de Brecé con la impaciencia de un niño—habiendo conservado en su carácter mucho de infantil—, y

lo prerendía con la flexible tenacidad de un ambicioso calculador, muy ducho en el trato de los hombres, habiendo visto muchas cosas en pocos años.

Sabía que, á pesar de su nombre francés y de su título romano, para el duque de Brecé era siempre el judío Gutenberg. Conocía el poder de sus millones, y, respecto á esto, sabía más de lo que nunca aprenderán los pueblos ni sus ministros. De modo que no se hacía ilusiones, pero tampoco se desanimaba. Se representaba la situación con gran exactitud, pues tenía la inteligencia clara. La campaña antisemita se desarrollaba rudamente en aquel departamento agrícola, donde no hay judíos, es verdad, pero donde hay un clero numeroso. Los recientes acontecimientos y los artículos de los periódicos habían lanzado muchos cargos sobre el duque de Brecé, jefe del partido católico del departamento. Sin duda los Bonmont pensaban como nietos de emigrados y estaban llenos de antigua piedad vendeana, tan católicos como los Brecé. Pero el duque tenía en cuenta la raza. Era sencillo y terco. El joven Bonmont no lo ignoraba. Examinó una vez más la situación delante del ómnibus de petróleo Dubos-Laquille, persuadiéndose de que el medio más seguro para obtener el botón era proporcionar la mitra al padre Guitrel.

—Es necesario que yo le haga nombrar obispo—pensó—. No debe ser muy difícil conociendo los recursos.

Y lamentando que su padre no pudiese auxiliarse, se decía:

—Papá me daría un buen consejo si no hubiese muerto. El debió hacer muchos obispos en tiempo de Gambetta.

Aunque carecía de aptitudes para concebir ideas generales, en seguida reflexionó que todo se consigue con dinero. Y confió en el éxito de su empresa. Con este pensamiento, habiendo levantado los ojos, vió al joven Gustavo Dellion á cuatro pasos de distancia, delante de un *break* amarillo.

En el mismo instante Dellion reparaba en él. Fingió no haberle visto, y fué á ocultarse detrás de la caja del coche. Tenía con Bonmont compromisos antiguos de dinero, y en aquel momento no se hallaba en estado de satisfacerlos.

Los ojos azules de su camarada se le indigestaban. Bonmont tenía, generalmente, para los amigos que le debían dinero, una mirada y un silencio terribles. Dellion los conocía. Por eso se sorprendió cuando el «torete», como le llamaba, habiéndose reunido con él entre el *break* amarillo y la pared de lienzo, le tendió cordialmente la mano, diciéndole muy sonriente:

—¿Y esa salud?... Bonito *break*; un poco largo nada más, pero bonito, ¿eh?... Es lo que necesita usted para Valcombe, mi querido Gustavo. ¡De veras! Es un *taf-taf* que rodará perfectamente desde Valcombe á Montil.

El mecánico que estaba en la plataforma al lado del coche, juzgó prudente intervenir, ha-

ciendo observar al señor barón que el coche podía usarse según hiciera falta, como un *break* con seis asientos ó como un faetón con cuatro; y comprendiendo que se las había con personas entendidas, entró en explicaciones técnicas.

—El motor se compone de dos cilindros horizontales; cada pistón impulsa una manivela, cuyo engranaje hace dar 180 rotaciones á la manivela próxima...

Expuso claramente las ventajas de aquella combinación. Luego, contestando á una pregunta de Gustavo Dellion, hizo saber que el carburador era automático y que se preparaba una sola vez al momento de marchar.

Se calló, y los dos jóvenes permanecieron atentos y silenciosos. Al fin Gustavo Dellion, pasando el bastón entre los rayos de una rueda:

—¿Ve usted, Bonmont, cómo está dispuesta la dirección?—dijo.

—Es suave á la mano—repuso el mecánico.

A Gustavo Dellion le agradaban los automóviles, sin apasionarse, como Bonmont. Contemplaba el coche que, á pesar de la aridez de los vehículos modernos parecía una bestia, un monstruo nada extraño, un monstruo vulgar, correcto, con un rudimento de cabeza entre dos ojos enormes: las linternas.

—No es feo el *taf-taf*—dijo en voz baja el joven Bonmont á su amigo. Cómprolo usted.

—¡Comprarlo!... ¿Puede hacerse el menor gasto cuando «se padece» á un papá como el mío?—

suspiró suavemente Gustavo. No se puede usted imaginár cuántas molestias y... apuros ocasiona la familia.

Luego añadió con fingida tranquilidad:

—Esto me hace recordar, querido Bonmont, que le debo una pequeña cant...

La palma de una mano cordial cayó sobre su espalda, no dejándole continuar su discurso, y vió con gran sorpresa á su lado un hombrecito rubio, que con la cabeza metida entre los hombros, rechoncho, un poco jorobado y muy afable, sonreía bondadosamente; un hombre rubio con ojos azules de una dulzura desconocida.

—¡Bah!—le dijo aquel hombre, que se parecía mucho á un cordero que deja su lana en los matorrales.

Gustavo apenas reconoció á Bonmont. Sintióse conmovido y absorto. Pero el baroncito, habiendo saltado al *break*, se puso á manejar el guía bajo la mirada indulgente del mecánico.

—Bonmont, ¿es usted *chauffeur*?—preguntó con deferencia Gustavo.

—A veces—respondió el joven Bonmont.

Y con la mano en el guía, contó un paseo en automóvil que había dado en Turena durante una de aquellas licencias por convaleciente, de las cuales volvía más enfermo de lo que se había ido. Había recorrido cuarenta kilómetros por hora. Es cierto que el camino estaba seco y bien cuidado. Pero había vacas y caballos asustadizos que podían ocasionar molestias. Era menester

buena vista y, sobre todo, no dejar al compañero tocar el guía. Hizo memoria de algunos incidentes del viaje. Cierta aventura con una lechera le dejó un recuerdo muy agradable.

—Veía venir de lejos—dijo—á una buena mujer que me cortaba el paso con su caballo y su carro. Toco la bocina. La mujer no se aparta. Entonces me lanzo hacia ella. La mujer se asusta, y para librarse tira del animal con tanta fuerza que le hace caer sobre un montón de piedras; el peneco, el carrito, la lechera y sus jarros de leche, todo rueda... y yo paso.

Y el joven Bonmont, saltando fuera del *break*, dedujo:

—El automóvil, á pesar del ruido y del polvo, es un medio de locomoción muy agradable. Pruébelo usted.

—¡Es muy amable!—pensaba Dellion, admirado. Y su extrañeza se aumentó cuando Bonmont, arrastrándole por un brazo al pasadizo del centro del gran salón, le dijo:

—Tiene usted razón. No compre usted esa maquinaria, ya le prestaré la mía, porque no pienso usarla en algún tiempo. He de incorporarme de nuevo; mi permiso expira... Yo también, además... A propósito, ¿sabe usted si la señora de Gromance está en París?

—Creo que sí; no estoy seguro—contestó Gustavo—; hace tiempo que no la he visto.

Decía una solemne mentira, pues la víspera, á las siete y diez minutos de la noche, había dejado

á la señora de Gromance en un cuarto del hotel donde tenían sus citas.

Bonmont nada respondió. Y deteniéndose ante una inscripción bilingüe que prohibía fumar, fijó en su amigo una mirada meditabunda que agravó su silencio. Gustavo quedóse de pronto mudo, juzgando que no era prudente interrumpir la entrevista con un compañero semejante:

—Quizá tenga pronto ocasión de verla—dijo—. Puedo, si usted lo desea, enterarme en seguida.

El baroncito, mirándole á los ojos, le dijo:

—¿Quiere usted hacerme un favor?

Gustavo respondió que sí con la precipitación de un alma complaciente y con la turbación de un espíritu que se ve comprometido repentinamente en una empresa dificultosa.

Era, sin embargo, cierto que Gustavo podía complacer á Ernesto de Bonmont. Este le indicó el medio:

—Si quiere usted hacerme un favor, querido Gustavo, obtenga usted de la señora de Gromance que solicite de Loyer el nombramiento de obispo para el padre Guitrel.

Y añadió:

—Se lo pido á usted con gran interés.

Gustavo sólo respondió con un silencio estúpido y miradas espantadas, no porque pensara negarle nada, sino porque no había comprendido. Fué menester que el joven Bonmont repitiera dos veces las mismas palabras y que explicase que Loyer, siendo ministro de Cultos, nombraba á los

obispos. Tuvo paciencia para insistir y Gustavo se acostumbró poco á poco á aquellas ideas. Llegó hasta recitar letra por letra lo que acababa de oír:

—¿Usted desea que le diga á la señora de Gromance que vaya á pedir á Loyer, que es ministro de Cultos, que nombre obispo al padre Guitrel?

—Obispo de Tourcoing.

—Tourcoing. ¿Está eso en Francia?

—Seguramente.

—¡Ah!—dijo Gustavo.

Y reflexionó.

Entonces graves objeciones se presentaron á su pensamiento y las expuso á riesgo de parecer poco complaciente. Pero imaginaba el asunto de suma importancia y no quería comprometerse á la ligera. Timidamente, con vacilaciones, expuso la primera objeción, de carácter general:

—¿No es una broma, verdad?

—¡Cómo ha de ser una broma!—dijo secamente Bonmont.

—¿De veras?—preguntó Gustavo.

Dudaba todavía. Pero una mirada del hombre rubio, una mirada llena de desprecio destruyó todas las dudas.

Y con gran firmeza hizo esta declaración:

—Desde el momento que habla usted en serio, puede contar conmigo. Soy serio en los asuntos serios.

Calló. Durante su silencio, nuevas dificultades surgieron en su pensamiento. Y con dulzura y temor, dijo:

—¿Cree usted que la señora de Gromance conozca bastante al ministro para pedirle... eso? Porque no habla nunca de Loyer; se lo digo á usted con franqueza.

—Será porque tenga otros motivos de conversación con usted. No digo que sueñe con Loyer, pero seguramente le juzga un viejo simpático y nada tonto. Se conocieron hace tres años en la inauguración de la estatua de Juana de Arco. Loyer no desea más que ser agradable á la señora de Gromance. Le aseguro á usted que no es desapacible. Cuando se pone su levita nueva tiene el aspecto de un viejo maestro de armas retirado en el campo. Puede ir á verle; estará muy amable con ella...

—¿Entonces—dijo Gustavo—es menester que le pida que nombre obispo á Guitrel?

—Sí.

—¿Obispo de qué?

—Obispo de Tourcoing—dijo el joven Bonmont—. Mejor será que se lo escriba en un papel.

Y cogiendo de una mesa que tenía al lado la tarjeta del fabricante de la *Reina de los Pigmeos*, escribió en ella con su lapicito de oro: «Nombrar á Guitrel obispo de Tourcoing.»

Gustavo cogió la tarjeta. Aquellas ideas que al principio le parecieron estrambóticas y desusadas, le parecían ya naturales y sencillas. Su espíritu se había acostumbrado. Y con el tono más llano del mundo, le dijo á Bonmont, metiéndose la tarjeta en el bolsillo:

—Guitrel obispo de Tourcoing; perfectamente. Puede usted contar conmigo.

De este modo se justificaba la frase de la señora Dellion, que hablando de su hijo, decía: «Gustavo no aprende con facilidad, pero no olvida lo que ha aprendido. Lo cual es quizá una ventaja.»

—Ya sabe usted—dijo gravemente Ernesto—, respondo que Guitrel será un buen obispo.

—Tanto mejor—dijo Gustavo—porque... No terminó su idea.

Los dos se aproximaban á la salida.

—Estaré en París hasta el final de la semana—dijo Bonmont—. Téngame usted al corriente de lo que haga. No hay tiempo que perder; los nombramientos se firmarán en estos días... Ya hablaremos del *Auto*.

En el pórtico, donde flotaban las banderas en trofeos, estrechó la mano de Gustavo, y reteniéndola en la suya, dijo:

—Una recomendación muy importante, mi querido Dellion. Es necesario, ¿comprende usted?, es necesario que no sepan que es por usted por quien la señora de Gromance da este paso cerca de Loyer; ¿comprendido?

—Comprendido—respondió Gustavo, sacudiendo con efusión la mano de su camarada.

\* \* \*

Aquel mismo día, á las ocho, habiendo ido á visitar á su madre, á la cual veía poco, á pesar de

hallarse con ella en buenisimas relaciones, el joven Bonmont la encontró en su tocador acabando de vestirse.

Mientras que su doncella la peinaba, desvió los ojos del espejo, y mirando á su hijo,

—No traes buena cara—le dijo.

Desde hacía algún tiempo la salud de Ernesto la preocupaba. Tenía pesares mayores ocasionados por *Rara*, pero su hijo también la tenía intranquila.

—¿Y tú, mamá?

—Yo estoy bien.

—Ya lo veo.

—¿Sabes que tu tío Wallstein ha tenido un ligero ataque?

—¡No es extraño! Siempre está de jolgorio en París. A su edad, eso es malsano.

—No es viejo tu tío. Tiene cincuenta años.

—Cincuenta y dos años no es la adolescencia.

A propósito: ¿y los Brecé?

—¿Los Brecé, qué?

—¿Te han dado las gracias por el copón?

—Me han enviado una tarjeta con una frase cortés.

—Me parece poco.

—Pero, hijo mío, ¿esperabas alguna cosa más?

Se puso en pie, y para colocar en sus cabellos una rama de brillantes, levantó sobre la cabeza sus desnudos brazos, que formaban dos asas resplandecientes en el ánfora admirablemente torneada de su cuerpo. Con los racimos de fruta

transparentes que dejaban filtrar la luz eléctrica, sus hombros resplandecían, y en su blancura dorada unas venas azules se señalaban al borde del pecho. Las mejillas estaban sonrosadas con afeites y sus labios pintados. Pero la fisonomía conservábase joven de deseo y de salud, y la marchitez del cuello que hubiera podido revelar el cansancio de los años se perdía en el esplendor de la carne.

El joven Bonmont la miró un momento atentamente, y luego dijo:

—Oye, mamá: ¿si fueras también á ver á Loyer para recomendarle al padre Guitrel?

## XIV

La señora de Bonmont, que había elegido á Raul Marcién entre todos y que le amaba con ternura, pudo, durante algunas semanas, envanecerse de su elección y creerse feliz. En efecto: se había verificado en el orden de las cosas un cambio prodigioso. Raul, en otro tiempo despreciado ó temido en todas las esferas, rechazado por el regimiento, renegado por sus amigos, reñido con su familia, expulsado del Casino, conocido en todos los tribunales donde se amontonaban las querellas contra él: se había lavado de pronto de toda mancha y purificado de toda deshonra. Acontecimientos que se empezaban á conocer y pronto estarían aclarados, habían interesado al Estado